

CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

EL HOMBRE Y LA ECONOMÍA.

El Tercer Consejo Sindical reunió en Madrid a la genuina representación de la producción nacional en tan importante ramo de la economía como es la industria. Vinieron de las provincias fabricantes y técnicos en profusión. No era aquella una asamblea más de "fuerzas vivas" como era norma en el viejo régimen, capaz de situar los problemas y apetencias del sector por encima o enfrente de las aspiraciones agrícolas o comerciales. Aquí, por el contrario, el factor del interés nacional, conjugando antagonismos antes de que brotaran, pesaba de modo preponderante.

Los industriales de España, en una serie de jornadas intensas de labor objetiva y discusión, examinaron los temas centrales que servían de base al Congreso. Las ponencias, integradas por lo más prestigioso de cada especialidad, votaron proposiciones de carácter general, verdaderos guiones de política económica, para ser ofrecidos al Gobierno. El Delegado Nacional de Sindicatos, Fermín Sanz Orrio, expuso en una larga y documentada conferencia la función económica sindical en su verdadera acepción. Difícil era precisar el concepto en materia que tanto se presta a la verborrea divagante. Sanz Orrio quiso ceñirse al tema y expuso con neta claridad cuáles eran los propósitos y cuáles los límites de la función de los Sindicatos en la estructura del ensayo español, tan interesante por sus resultados, después de cuatro años de experiencia.

Quiso el Ministro Secretario decir unas palabras en la Asamblea económica de los industriales y lo hizo perfilando precisamente su pensamiento sobre el viejo y maltratado tema de lo económico y lo social. Arrese habló a los congresistas en términos claros: “No hay —vino a decir— solución al llamado problema social si al mismo tiempo no nos encaramos con el problema económico.” Por no haberlo entendido así hizo sus tremendos estragos el marxismo. Nuestra doctrina levanta al hombre de los zarandeados “problemas sociales” y a través de los organismos sindicales lo encuadra en el proceso económico. Ninguna fórmula puede ofrecer al hombre español mayores ni más plenas garantías de redención.

El Caudillo asistió a la sesión plenaria, pronunciando el discurso de clausura. Hizo un resumen denso y analítico de la situación económica de España y del mundo. Dió sus consignas de producción y trabajo para los meses venideros. Alentó a los congresistas a llevar a los rincones más apartados de España la fe en sus destinos eternos. Y saliendo al paso de la crítica extranjera, que tanto nos ataca en los últimos tiempos arguyendo sobre la falta de base democrática del régimen, condensó en una frase su respuesta: *“Más sincera es la voluntad de un pueblo cuando lucha que cuando vota.”*

“LA HISTORIA NO ES UN CAPRICHO”.

Armas y votos. He aquí en parangón antitético dos sistemas de expresar hoy día lo que en el absurdo convencionalismo rousseauiano habríamos de llamar la “voluntad colectiva”. “Ustedes no han votado para implantar su régimen”, nos dicen sesudos caballeros desde el extranjero, buscando con ello un reproche definitivo. Franco respondió en el Palacio del Consejo Nacional con la frase arriba señalada. Pues ¿por qué ha de ser menos sincera, menos valiosa, la opinión de un pueblo cuando empuña las armas por una idea que cuando empuña la papeleta con el nombre de un conciudadano? Por aquélla es capaz de sacrificar su vida sin vacilaciones —como en nuestra guerra de liberación—, mientras que al candidato electoral apenas lo conoce ni sabe cómo piensa. Las armas son

también un plebiscito irrevocable. Ahora mismo, cuando en Europa se trata de ventilar esta terrible guerra mundial, ¿qué sucede en realidad? ¿No es un régimen impuesto por las armas triunfantes lo que se trata de implantar en Alemania derrocando a cañonazos a un jefe de Estado —el único en Europa— elegido por sufragio universal, directo y secreto?

Mas a los pocos días tuvo lugar en Madrid otro acto de verdadera resonancia nacional por su específica significación en el campo de los trabajadores. Nos referimos al homenaje de los ferroviarios al Caudillo. No es el aplauso entusiasta, ni la manifestación jubilosa, ni la pleitesía rendida al Generalísimo por parte de los productores de la R. E. N. F. E. lo que nos importa para este comentario. Sino la causa justificada y razonable que lo motivaba así. Desde veinte años atrás venían arrastrando las Compañías ferroviarias, en desigual proporción, el insoluble problema de hacer frente a las forzosas mejoras de los salarios y sueldos de sus empleados y obreros, que en muchos casos se tenían sin demagogias que calificar de salarios de hambre. Los gobiernos se sucedían sin atreverse a mirar cara a cara al problema que englobaba en sí la elevación de las tarifas de transporte. Cuando la R. E. N. F. E. se formó, a consecuencia de la nacionalización de los servicios de vía ancha, la nueva empresa paraestatal se encontró con más de 120.000 productores encuadrados en su organización, cifra no superada ni de lejos por ninguna otra empresa española. Elevar el salario o jornal medio representaba un aumento de centenares de millones de pesetas al año. Mantener el nivel de injusticia era contradictorio con los principios del Estado. Se subieron las tarifas y los salarios. Y el problema, si no resuelto, quedó aliviado en gran parte con honda satisfacción de los beneficiarios.

Quiso el Generalísimo pronunciar unas palabras en el acto ferroviario de los talleres de la R. E. N. F. E. Y se dirigió a los obreros —cuya predominante filiación socialista anterior era bien conocida—, explicando brevemente el alcance de su política social.

Aun habló otra vez Franco en una pública sesión al final del Consejo del Frente de Juventudes, asamblea ésta de la máxima simpatía y pasión nacional, verdadero exponente de lo

que esta gran obra —la predilecta del régimen— significa para la España de mañana. El Caudillo se dirigió a los jóvenes y a los mandos que forman la juventud de la Patria: “*La Historia no es un capricho*”, les dijo la voz del guerrero curtido en la batalla. Si la Historia fuera azar o casualidad sobran la fe y la esperanza, y el sesteo del estoico o la serenidad del fatalista eran las dos únicas respuestas razonables a las angustiosas interrogantes del momento. La Historia no es un capricho, sino que es destino providencial, misión, quehacer en el mundo, voluntad de un pueblo. Porque lo creemos así, luchamos, rezamos y obedecemos en la gran empresa hispánica que es nuestra Patria otra vez. Franco lo recordó para ejemplo de durmientes o aletargados que todo fían —o lo desconfían— a los avatares de la guerra exterior y de la marcha de los acontecimientos del mundo.

ITALIA Y ESPAÑA.

Llegó de Roma el nuevo Embajador de la Corona italiana, Duque Tomas de Gallaratti Scotti. De antiguo linaje lombardo, lleva el representante de la gran nación latina título de Castilla en su versión napolitana, confirmado allí por Reyes de hispana dinastía. Católico fervoroso, aristócrata en el más noble sentido del término, viene Gallaratti Scotti a reanudar los hilos de la amistad entre dos pueblos cuya situación geográfica en el mar Mediterráneo les empuja al entendimiento y a la colaboración. Grandes desgracias tuvo Italia en los últimos años que aun acongojan con su secuela de hambre y disturbios su paz interior en la parte del país liberada de la guerra. España mira con hidalguía cordial al pueblo que atraviesa tan difícil crujía en su existencia nacional.

Nuestro Gobierno designó al diplomático José Antonio de Sangróniz para Embajador en el Quirinal. Llega este nombramiento a Sangróniz cuando su madurez profesional le capacita ampliamente para el delicado cometido. Sangróniz, que tan decisivamente participó en la gestación del Alzamiento de julio, llevó durante la guerra de liberación el peso de las negociaciones exteriores desde el Gabinete diplomático del Cuartel General del Generalísimo. Destinado más tarde a Ve-

mezuela como Ministro plenipotenciario fué enviado a raíz del desembarco anglosajón en Norteáfrica a la ciudad de Argel en calidad de misión especial cerca del gobierno De Gaulle. La gestión de nuestro representante ha sido fecundísima. Todavía ha prestado otros servicios igualmente trascendentales el nuevo Embajador en Roma, quien saldrá dentro de breves días a posesionarse de aquel cargo.

LA MITA DE DOS REVOLUCIONES.

En la Asamblea organizada por la Asociación Católica de Padres de Familia pronunció una importante conferencia el ex-ministro de Hacienda D. José Larraz sobre el tema que sirve de enunciado a este párrafo. Profundo y autorizado es siempre el pensamiento de Larraz, singularmente cuando se desenvuelve sobre el terreno económico y social. Por eso su disertación atrajo el máximo interés de un auditorio selecto y brillantísimo. Quédese para otro lugar la glosa y extracto de la oración, densa como pocas, intencionada y audaz. Sólo recogeremos aquí la trascendencia del acto como índice revelador de un ambiente y de una inquietud general en el mundo. La clase dirigente española, consciente de la gravedad de la hora, se siente dispuesta a impregnarse de espíritu revolucionario —en el auténtico significado del vocablo— y a reformar cuanto sea preciso el viejo orden de cosas montado sobre la injusticia. El problema social atacado de raíz por la revolución económica previa, la necesidad de establecer una base o cimiento moral a la economía, la posibilidad de perfilar los cimientos de una nueva disciplina científica a la que el conferenciante bautizó con el nombre de “socionomía”, todo ello encuadró la exposición del ex ministro de Hacienda en una admirable ortodoxia política.

Sigue el pensamiento español, tan fecundo como antaño, abriendo perspectivas nuevas e inéditas sobre las cuestiones palpitantes del mundo. Sin excesiva hipérbole ni vanagloria podrán algún día decir nuestros jurisconsultos, nuestros pensadores, nuestros economistas, nuestros filósofos: *Tu regere populos... Hispaniae memento*, pues su autoridad moral va

abriendo los cauces del mando espiritual en la intelectualidad del mundo.

LA COOPERACIÓN DE ESPAÑA EN LA POSTGUERRA.

Parecen acercarse a grandes pasos las horas finales de la guerra. El mundo entero se estremece todavía bajo el horror de las matanzas y ya se estudian presurosamente los planes de la reconstrucción y del alivio. Millones de seres han quedado en Europa sin albergue, sin vestido, sin calzado, sin ajuar y sin alimento. Gran parte de la industria quedará en la lucha final destrozada. El utillaje se hallará inservible o destruído. Coincidirán entonces durante años, una demanda fabulosa de necesidades perentorias y una escasa producción autóctona. El esfuerzo de todos, beligerantes y neutrales, será exigido en aras del bien común. España, cuya irreprochable neutralidad se ha mantenido hasta el fin, pese a las presiones de diversa índole, no hurtará su aportación a esta noble y generosa empresa. España cooperará con su economía entera.

El Ministro de Industria, Carceller, ha querido adelantar estas ideas en reciente declaración hecha a *La Vanguardia* de Barcelona, que por su importancia recogemos aquí: "En la postguerra —ha dicho Carceller— España estará presente de un modo activo." ¿Qué puede, en efecto, ofrecer nuestra Patria a la hora de la reconstrucción? Un decisivo apoyo.

Tenemos hoy, gracias a una prudente política económica seguida en los últimos años, una situación que calificamos de envidiable, porque lo es en sentido literal. Nuestras heridas se cerraron de prisa; nuestras industrias se pusieron en marcha; nuestros campos se fecundaron de nuevo; el comercio prosperó; la Banca hizo sus mejores ejercicios en el trienio último desde que empezó el siglo; el transporte se normalizó en gran parte y la flota mercante aumentó sus rendimientos en forma notable. ¿Quiere ello decir que nada falta por hacer en España? Solamente un insensato podría afirmar semejante estolidez. Pero sí puede decirse que nuestra economía tiene hoy un nivel interior suficientemente logrado para poder estudiar el problema de la cooperación de postguerra. Nuestras industrias, nuestro comercio, nuestra alimentación, incluso

nuestra flota marítima tienen hoy holgura suficiente para aportar su esfuerzo al de la humanidad doliente. Dejemos a un lado lo que ello signifique en el orden económico con vistas a garantizar una continuidad sin sobresaltos de la coyuntura. Pensemos solamente en el inmenso fruto político que de tal coordinación ha de lograrse para España y para el régimen. Que no hay ley tan verdadera como la de los intereses creados primando sobre las divergencias doctrinales en el egoísta mundo de las relaciones entre los pueblos.

* * *

